

Jesús Guridi (1886-1961), alma de la música vasca

Angel Barja

Otro de los compositores de obligatorio tratamiento en estas páginas, por celebrarse este año el centenario de su nacimiento, es el vasco Jesús Guridi. Aunque el gran desarrollo de la música en España a partir de los años sesenta ha enterrado de alguna forma su recuerdo, Jesús Guridi merece una mayor atención por el significado de su obra dentro del panorama español.

Jesús Guridi nació en Vitoria el 25 de septiembre de 1886 en una familia con gran tradición musical. Tras unos pocos años pasados en Zaragoza con los escolapios, se traslada a Madrid con su familia y realiza sus primeros estudios musicales. En 1904 es becado para continuar sus estudios en París, como otros muchos españoles de entonces, y toma contacto con di-

versos ambientes musicales europeos, estudiando órgano y composición en Bruselas y en Colonia. A su vuelta a España, se establece primero en Bilbao, donde ejerce de organista y profesor de órgano y armonía en la Academia que luego sería el Conservatorio de aquella ciudad.

Desde 1939 se instala en Madrid como profesor de armonía en el Conservatorio, del que es nombrado también director (1955). Muere en la capital de España el día 7 de abril de 1961.

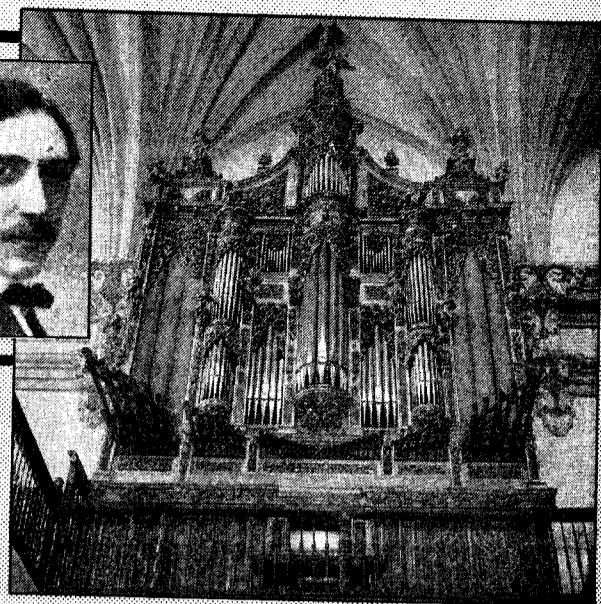
Jesús Guridi inició la composición musical en temprana edad y cultivó casi todos los géneros, la zarzuela, la ópera, el concierto, la música de cámara y la música coral. Obras suyas son «Mirentxu» (1910), «Amaya» (1920), «La meiga» (1926), «El caserío» (1926) y

otros títulos dentro del teatro musical.

En el campo sinfónico escribió «Así cantan los chicos» (1909), «Una aventura de Don Quijote» (1916), «Diez melodías vascas» (1940), «Sinfonía pirenaica» (1945), «Fantasía en homenaje a Walt Disney» (1956) y otras. También escribió dos Cuartetos y música coral, además de música orgánica, como el «Tríptico del buen pastor» (1953). Entre sus canciones citamos las «Seis canciones castellanas» (1939) y «Seis canciones infantiles» (1946).

De todas estas obras, algunas se siguen interpretando habitualmente. Su composición más conocida y escuchada es, sin duda, «Diez melodías vascas», para orquesta. Desde su estreno, en 1941, no ha dejado de tocarse con

«Músico nacionalista, se mantuvo, sin embargo, al margen de las corrientes europeas de la composición musical»



éxito e interés por parte de todos los públicos. Está basada en temas populares vascos, tomados literalmente y sin estilizaciones, pero con una instrumentación sugestiva que realza la belleza original de la música vasca.

Guridi debe ser colocado históricamente en el número de los grandes compositores que forman la base de la tradición española del siglo XX, aunque su estilo no fuera el que correspondía a la época en que le tocó vivir. Músico nacionalista en el sentido propio del término, se mantuvo sin embargo un tanto al margen de las corrientes europeas

de la composición musical. Comparado con Falla, aunque las comparaciones son odiosas —y más en este caso—, Guridi es estilísticamente anterior a él, a pesar de haber vivido después.

Esto no quiere ser ningún juicio de valor, pues Jesús Guridi fue un músico de gran talento y fina sensibilidad. Es posible que, de haber vivido

en circunstancias diferentes, su música hubiera tomado rumbos muy distintos. Con todo, su obra sigue siendo exquisita y conserva toda su frescura. Poco antes de su muerte recibió un cálido homenaje en Vitoria y en Bilbao, porque fue —como dice Anglés— «una de las personalidades más relevantes de su país».

El acantilado

Carlos Almarza Mato

—Hágame caso y vuelva por donde vino. Este lugar no es el más seguro.

El hombre que me dijo esto continuó golpeando un pequeño trozo de madera. Tenía los ojos hundidos en la cara, y ésta surcada por profundas arrugas.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Acaso no le gustan los extraños? Endurecí mi tono.

—No se lo repetiré, amigo; si en algo estima su vida, váyase.

Ante mi insistencia, el hombre levantó por primera vez sus ojos, me miró, cambió su pipa de lado en su boca y me dijo:

—Está bien, esta noche a las diez en la cantina.

Continué su trabajo dándome a entender que no diría nada más hasta ese momento. Murmuré una despedida de cortesía y me fui.

Me acerqué a los acantilados rocosos. El mar parecía enfurecido como yo nunca lo viera, a pesar de haber pasado muchos años de marinero. No pude evitar sentir una extraña sensación. El ruido que producían las olas en aquel lugar era atronador. Además, en el aire había una pesadez extraña. Había pasado muchas horas en muchos acantilados, viendo amanecer o las rojas puestas de sol. Sin embargo allí no estaba a gusto. Al volverme pude ver uno de los más escabrosos roquedales que se puedan imaginar. Soplaban un viento endiablado. No me gus-

taba en absoluto y me alejé. En mi cabeza tomaba cuerpo la idea de irme de allí cuanto antes. ¡Qué poco imaginaba lo que me esperaba y cómo mi vida extraordinaria quedaría marcada para siempre! Desde allí todo el pueblo parecía la visión de un naufragio. Extraño lugar —pensé—. Recordé que me había llevado allí. Como comisionado del gobierno inglés, mi misión era emitir un informe para que el lugar quedase fuera de las rutas pesqueras. Realmente había que estar loco para acercarse con una embarcación por aquel enclave. Era una misión rutinaria y que no hubiera ni requerido mi presencia allí. Por mi cabeza circulaban muchas ideas inconexas. Además me enfrentaba con el problema de llenar las horas que me separaban de mi cita con aquel hombre. Vino a mi mente un detalle. En la posada era yo el único alojado, y además, el vetusto libro de registros yacía intocado por años. Comencé a preguntarme cómo habría sido aquello en otras épocas. Alguno de los detalles del paisaje me recordaban a mi Killibegs natal, en Irlanda.

Por fin, decidí volver a mi alojamiento y hacer mi informe para irme de allí lo más deprisa que pudiera. Cada vez me sentía más a disgusto. Sin saber por qué me notaba alterado, nervioso, muy intranquilo. Volví a la posada, subí a mi habitación y me eché encima de la cama. No

me había cruzado con nadie. El lugar parecía abandonado.

Cuando abrí los ojos eran las cuatro de la tarde. Me sentí molesto por el hecho de que nadie me hubiera llamado para la comida. El sueño, lejos de apaciguarme, había aumentado mis deseos de abandonar el lugar. Así, nervioso, pasé el resto de la tarde rellenando los formularios oficiales que tendría que presentar a mi regreso a Londres. Por fin, miré el reloj y vi que eran ya las nueve y media. Me vestí, y en cinco minutos estaba sentado en la cantina del pueblo, totalmente desierto. Incluso el patrón, tras servirme de mala gana, desapareció en el cuarto posterior.

A las diez en punto apareció el hombre. Sin ningún tipo de introducción o saludo, se sentó, pidió whisky, y, tras mirarme fijamente, comenzó a hablar en un tono muy duro, tanto, que me sorprendió. Evidentemente, no estaba dispuesto a ningún tipo de matización sobre lo que iba a decir.

—«Hace muchos años vivían en el pueblo, mucho más próspero de lo que ahora es, dos familias. Ambas con hijo e hija casaderos. De tal forma que una de las jóvenes estaba prometida con el hijo de la otra familia. Ya tenían fijada la fecha de la boda y estaban con los preparativos. Pero a medida que se aproximaba el día, el joven comenzó a mostrar dudas. No

quería depender del dinero de su padre. Siempre había querido irse a la ciudad y tras ganar lo suficiente, volver y establecerse en el pueblo. Se sabía que mantenía extraños contactos con gente desconocida, que aparecía y desaparecía casi en secreto. Pero nadie, ni siquiera su prometida, fueron capaces de arrancarle la menor insinuación de sus proyectos. Un día llegó un forastero. Esa noche, el joven convocó a las dos familias y presentó al extraño. Y también sus planes.

No lejos de la isla de Luig, hay un islote muy peligroso porque las olas encanjan en él. Sus paredes parecen labradas por el mismo diablo. Se trataba de ir allí a por cierto tesoro de un barco pirata. De poco sirvieron amenazas y lloros. A los pocos días, fletaron una embarcación y se hicieron al mar. En el acantilado, deshecha en lágrimas quedó su prometida. Por aquellos días había caído en un estado de semi-demencia. Conocía la historia del islote y sabía que ni el más experimentado marino se habría atrevido a ir allí. Hacerlo era ir a encontrarse con la mismísima muerte».

Aquí mi interlocutor calló. —¿Y qué pasó? Inquirí con curiosidad. —«El barco se hizo pedazos y todos sus ocupantes, pues habían llevado a cinco marinos amigos del forastero, desaparecieron. Nunca más se supo de ellos. Pero la tragedia no terminó ahí. La joven, enloque-

cida, permaneció en las rocas llorando y gritando, arrojando piedras a todo el que intentaba acercarse».

—«No veo en qué me afecta todo eso a mí», repliqué. —Muy simple, me contestó. Desde entonces el lugar permanece como embrujado, y se dice que la joven, antes de morir extenuada, juró eterna venganza de todo forastero que se acercase al pueblo en los aniversarios del fatal día de la partida de su prometido. Y uno de esos días es precisamente hoy».

El viejo se levantó y se fue. Esa noche no podía dormir. Sólo oía extraños ruidos en el exterior de mi alojamiento: el viento rugía como nunca. Me pudo la curiosidad. Me vestí, salí y me dirigí al acantilado. Debo confesar que en el fondo, no creía la historia del hombre. Pensaba en supersticiones marineras, en mitos de ninfas. En mi caminar y por el ruido del viento desatado, no noté que alguien me seguía. A medida que me acercaba, un terrible lamento empapaba el aire. El mar estaba totalmente enfurecido, agitado. Altas olas de espuma rompían, se rompían contra las rocas con enorme estruendo, como el fragor de una batalla. El viento ayudaba a crear un ambiente siniestro, inenarrable. Comencé a preparar por las rocas, pero una mano me agarró. La sangre se heló en mis venas y sobresaltado, con el corazón en un puño, a punto de estallar, me volví. Fue

una reacción instintiva. Vi la espectral cara del viejo.

—«¡No lo haga! ¡Ya se lo he dicho!».

Me desasí de él y trepé. Cada vez el llanto, un gemir horrendo, infernal se oía más y más... Los dos llegamos casi a la vez arriba. Volví a agarrarme, pero yo tenía más fuerza. —¡Déjeme ir allí!, grité. Ambos miramos en la dirección de dónde creíamos venía la voz. Horrorizados, contemplamos una figura negra, en lo más alto, con los brazos extendidos al mar. Como autómatas, ambos nos acercamos. El terror nos atenazaba. Sin darnos cuenta, llegamos al mismo borde de la pequeña plataforma donde estábamos. En aquel momento, el viejo resbaló. Un golpe de aire lo derribó y cayó entre los riscos dando un estremecedor grito. Yo intenté agarrarle, pero sólo le rocé con la punta de mis dedos. Fue algo horrible. Regresé al pueblo, hice mi equipaje y antes de amanecer me fui. Estaba como enloquecido. El mes siguiente lo pasé en un estado febril intenso que casi termina con mi vida. No quise volver a oír de aquel lugar. Hace un año de aquello. Ocurrió tal noche como hoy. Escribo esto porque me siento culpable. Hubiera querido ser yo el muerto.

Hoy por fin he regresado. Estoy en el mismo lugar que ocupaba la negra figura. Son las diez de la noche, una noche intranquila, tormentosa y con el mar encrespado. Lluève.

RELATOS Diario de León (2)

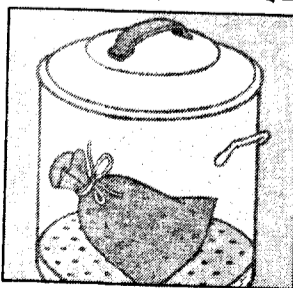


EVEREST: COLECCION REMEDIOS NATURALES

FORMATO
21,5 x 15,5

Remedios Caseros

La terapéutica naturista aplicada a las afecciones, trastornos y enfermedades frecuentes.



Recetario Práctico de Plantas Medicinales.

Tés, tisanas, infusiones, cocciones, apósitos y baños para el tratamiento eficaz de las afecciones y trastornos más frecuentes.

